

Volumen XVI.—Noviembre 1.º de 1921.—Número 160.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera.

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXI

CONTENIDO

Por los obreros bogotanos.....	R. M. CARRASQUILLA.
Horacio (A propósito de una nueva traducción de las Odas).....	LUIS MARIA MORA.
Oración pronunciada en la fiesta de la Bordadita el 9 de octubre de 1921.....	RUDESINDO LOPEZ Y LLERAS.
El ideal del triunfo. (Discurso de clausura de estudios).....	J. M. RESTREPO-MILLAN.
Nuevo doctor.....	A. ROCHA.
Clausura de estudios.	
Índice por materias.	
Índice por autores.	

Volumen XVI República de Colombia Número 160

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Noviembre 1.º de 1921

POR LOS OBREROS BOGOTANOS

(En el barrio obrero de San Francisco Javier, al celebrar la Fiesta de la Raza).

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:
Señoras y caballeros:

Así como el insigne arzobispo bogotano don Hernando Arias de Ugarte fue la providencia de los indígenas; y san Pedro Claver, padre de los negros esclavos; y fray Cristóbal de Torres, maestro y modelo de la juventud estudiosa, el padre José María Campoamor, de la Compañía de Jesús, será conocido en los anales patrios como protector de los obreros. No porque él haya sido único en la nobilísima tarea. Cuando el infatigable jesuita arribó a playas colombianas, ya los hijos del venerable Bosco tenían, en varias ciudades del país, establecidos sus talleres, acompañados de escuelas y colegios, y de granjas agrícolas y de oratorios festivos, para brindar a los futuros artesanos y labradores el

pan del alma y del cuerpo y, junto con entrambos, la alegría cristiana, condimento del trabajo e índice cierto de una conciencia pura. A tiempo que iban adelante las labores del padre Campoamor, nuestro Ilustrísimo Primado estaba levantado, con sus propios haberes, los amplísimos y suntuosos edificios de San Bernardo, donde, bajo la sabia dirección de los hermanos de las Escuelas cristianas, varios centenares de hijos de obreros aprenden los rudimentos literarios y variedad de artes manuales; de suerte que ellos mismos se hacen sus vestidos, empezando por tejer las magníficas telas con que los fabrican. Otros religiosos de la propia congregación regentan, bajo el patronato del Gobierno, el Instituto Técnico Central, que sería honra de cualquier capital europea. Entre tanto, sigue desarrollándose, al amparo de su fundador, el canónigo doctor Manuel María Camargo, y a la sombra de la linda iglesita que es una de las joyas del arte bogotano, el Asilo de San Antonio, aumentado con la escuela donde se preparan los niños pobres inclinados a la milicia sacerdotal, que se recluta hoy, como en las edades anteriores, entre todas las clase sociales, bajo la bandera de Pedro, el pescador, y de Pablo, el ciudadano romano. Creación de monseñor Emilio Valenzuela, el dormitorio de niños desamparados tiene de par en par sus puertas, y no exige a los que acuden a ellas sino dos condi-

ciones: poca edad y mucha indigencia. En la plaza de España, vecinas al moderno hospital de San José y a las escuelas gratuitas de la Sociedad de San Vicente de Paúl, se alzan las suntuosas construcciones de la casa de caridad, edificada y profusamente dotada por don Lorenzo Cuéllar, que de Dios goce, ardiente patriota, fervoroso católico y caballero sin tacha. Y si omito muchas otras instituciones bogotanas, tan importantes como las mencionadas, atendidas por los poderes públicos, por órdenes y sociedades religiosas o por piadosos fieles, y las de otros departamentos y diócesis, lo hago tan sólo por temor a la difusión, que suele ser madre fecunda del fastidio.

Mas las obras del padre Campoamor tienen de peculiar que abrazan la existencia íntegra del obrero, de la cuna al sepulcro. Allí encuentra el niño educación física, intelectual y moral, y armas bien templadas para la futura lucha por la vida; halla alimentos, techo y vestido, con la satisfacción de haber contribuido a ganárselos con el esfuerzo propio, a fin de que el beneficio no se amargue con la humillación de la limosna. Muchas doncellitas pobres están defendidas contra los peligros anexos a su edad y condición y salen maestras en las labores propias de su sexo y en el cultivo de heredades, huertos y jardines. Las familias obreras tienen habitaciones amplias, higiénicas y hermosas; medios de

practicar el ahorro; piedad cristiana, que les levanta el espíritu; predicación frecuente de las máximas sublimes del evangelio; consejo en las dudas, consolaciones en las penas, medicinas en la enfermedad y, después de la muerte, cristiana y honrosa sepultura, amparo a las viudas y a los huérfanos, oraciones y sufragios por el eterno descanso de las almas.

Ha conseguido el padre Campoamor, en esta ciudad, caritativa como pocas, muchos abnegados cooperadores, damas y caballeros de lo selecto de nuestra sociedad. No los menciono individualmente por recelo de algún olvido involuntario y por no ofenderles la modestia. No importa que se omitan aquí: sus nombres están escritos, por modo indeleble, en el libro de la vida.

*
* *

Las relaciones, cada vez más tirantes, entre el capital y el trabajo, y la pugna enconada entre industriales y obreros, constituyen la carga más ponderosa de conllevar para los países civilizados del globo, y son la clave de la política, tanto interna como exterior, de los más poderosos estados. Asunto es éste que preocupa muy hondo a toda persona de entendimiento y corazón; y aun los hombres mismos que no entienden o no sienten la gravedad del problema fingen interesarse vivamente en resolverlo. Por

favor divino, la enfermedad social no se ha presentado, en Colombia, con los horrendos caracteres de otras partes. Lo reducido de la población, si se la compara con lo extenso del territorio; las portentosas riquezas del suelo, que a penas empiezan a explotarse; la repartición de los haberes, en virtud de la cual nuestros Fúcares y Cresos no serían, por fuera, sino gentes medianamente acomodadas; y más que todo, lo arraigado de la fe cristiana en nuestro pueblo, la caridad de los pudientes, la ejemplar resignación de los pobres son elementos que han impedido la invasión de la temida epidemia. En esta patria nadie se muere de hambre; y muy a menudo la escasez, antes de golpear a las puertas de los trabajadores, se ha instalado en casa de los empleados y dependientes, de sacerdotes y de institutores, de viudas honorables y de señoritas huérfanas, educadas con esmero; de personas, en suma, que figuran entre los hijos mimados de la suerte.

Pero no hay dolencia, física o moral, nacida en cualquier paraje del globo, que no pueda, tarde o temprano, arribar a nuestras playas; y es conocido cuánto influye el ejemplo de naciones adultas sobre las recién salidas de la infancia. Vale más prevenir los males que curarlos. Los suaves preceptos de la higiene suelen evitar la sangrienta intervención del cirujano. Os menté al principio algunas de las muchas insti-

tuciones debidas a la acción social de nuestros católicos gobiernos, de los obispos y de las comunidades religiosas, de los sacerdotes seculares y de los fieles. Querría yo conocer los talleres modelos y las escuelas, las granjas agrícolas, los asilos y dormitorios y comedores, las habitaciones para obreros que provengan de los predicadores de socialismo e incredulidad. Discursos y periódicos, huelgas y asonadas, odios y amenazas. Y nada más.

*
* *

Entre las empresas del padre Campoamor, la de mayor momento, aquella a que debiéramos todos cooperar a la medida de nuestras fuerzas, es la edificación de casas para los trabajadores. Lo que ya se ha realizado está a la vista; en el sitio donde estamos congregados, vecinas al pintoresco riachuelo de San Cristóbal, entre árboles y flores, estáis viendo sesenta primorosas quinticas, de blancas paredes y rojos tejados, agrupadas en manzanas perfectamente regulares, que forman el barrio obrero puesto bajo el título y amparo de san Francisco Javier. Aún queda sitio para nuevas construcciones.

El problema de los alojamientos, gravísimo para Bogotá, lo es también para todas las ciudades del mundo. En Bélgica, los católicos lo tenían resuelto a maravilla, antes de la guerra universal; en tanto que Inglaterra, tan poderosa

y opulenta, no ha logrado desatarlo; y he leído en publicistas contemporáneos, que él es una de las úlceras internas que corroen el organismo del admirable Imperio Británico y lo amenazan con la decadencia, acaso con la muerte.

Esta importancia se explica fácilmente. Lo que más interesa a una familia es tener un techo que la abrigue. Por rudas que hayan sido las labores del día, por terribles que supongamos la inopia, las contradicciones y las luchas, el hombre se siente reconfortado y animoso, si, al ponerse el sol, se ve, sin temores ni recelos, rodeado de los suyos, en el tibio ambiente del hogar. Es inútil aconsejarle a un obrero que huya por la noche de los lugares de disipación y se acostumbre a las veladas familiares, si el infeliz mora en un tugurio desmantelado y estrecho, abierto por todas partes a las inclemencias de la atmósfera y, como dice Cervantes de las cárceles «donde toda incomodidad tiene su asiento.» En mis ya largos años de ministerio sacerdotal, en contacto casi diario con todas las humanas miserias, no recuerdo de ningún pobre que haya prorrumpido en voces de desesperación, ni en quejas contra la Providencia, al sentirse víctima de la enfermedad, la desnudez o el hambre; y sí he oído a muchos llegar a aquellos extremos, ante la dificultad de pagar arrendamientos, ante el temor de ver a la esposa y a los niños puestos en mitad de la calle. Dar vivienda a quien

lo ha menester es la primera de las obras corporales de misericordia.

Tratándose de las familias trabajadoras, es, no sólo de caridad sino de patriotismo. En Colombia las leyes y, de algún tiempo acá, las costumbres, no hacen caso de rancios pergaminos, ni de antepasados gloriosos, ni de ilustres apellidos. La victoria, en lo futuro, será de los jóvenes que reciban y aprovechen una educación más esmerada; y la educación no es completa, si el niño, al retornar del taller o de la escuela, no encuentra los consejos y enseñanzas de su padre, los blandos halagos maternos, y un lecho limpio y mullido en que descansar de las fatigas del día. Y bueno es tener presente esta lección, enseñada por la experiencia a los pedagogos colombianos: con honrosas excepciones, los mejores estudiantes de las universidades y colegios son los hijos de agricultores y de obreros.

Hoy estamos celebrando, en comunicación espiritual con nuestros hermanos de una y otra ribera del océano, la fiesta de la Raza, en este simpático barrio, en medio de las familias bogotanas que lo habitan, en compañía de los bienhechores colombianos que lo fomentan, del sacerdote español que lo dirige, de las altas autoridades civiles y eclesiásticas y de ilustres representantes de la madre patria y de las repúblicas hispano-americanas. ¡Cuán bien entendieron los organi-

zadores de estos regocijos que la suerte de la gente ibérica depende en gran parte de la felicidad y el progreso de las clases trabajadoras, que son el nervio de nuestras democracias y a quienes acaso Dios quiera confiarles el porvenir del mundo!

*
* * *

Nada hay más respetable, en su género, que el hogar de un obrero cristiano. Es un recinto que el padre de familia unge con el sudor de su frente, impuesto por Dios como castigo de la culpa, y convertido por Jesucristo en diadema de preciosas margaritas, en título de honor. Es un santuario, embalsamado por las humildes y, por lo mismo, sublimes virtudes de la esposa, recatadas a las miradas de los hombres, vistas con agrado por los ángeles. Allí crecen los niños, con todos los encantos que les da la naturaleza, con la aureola que les comunica la gracia del bautismo, sin los obstáculos a la salud y al desarrollo inventados por el lujo y la moda. Allí está en germen la suerte futura de la República.

¡Cómo no ha de ser santo el hogar del trabajador honrado y piadoso, si es copia de lo más sagrado que se ha visto en el mundo: de la humilde casita de Nazareth! Dios, para hacerse hombre, habría podido elegir una doncella entre las familias patricias de Roma, y escoger

para protector y nutricio a un cónsul, a un senador, al César mismo. Mas prefirió por madre a una virgen que, aunque descendiente de David, estaba reducida por la pobreza a una condición humilde; y por padre adoptivo, a un pobre carpintero de aldea. Bien sabéis, porque lo habéis leído en el Evangelio, el nombre que los galileos daban a Nuestro Señor Jesucristo: lo llamaban «el hijo del obrero,» *filius fabri*. Y no sólo era hijo de obrero, sino obrero también; ya que, durante su vida oculta, le ayudaba a san José en el oficio, con aquellas manos divinas que habían formado el cuerpo de Adán, que habían creado de la nada el cielo y la tierra.

✓El hijo de Dios vino a enseñar una doctrina tan vasta y profunda que, dos mil años después, no han acabado de aprenderla y explicarla los más insignes doctores; a fundar una religión, tan extensa como el planeta en que habitamos, tan duradera como el tiempo; a trocar la faz de la tierra. Y no dedicó a la predicación y a los milagros sino los tres últimos años de su vida; los restantes se los consagró a los dolores y humillaciones, a las escaseces y fatigas del trabajo manual.

Al subir al cielo, dejó el Redentor acá en el mundo tres clases de personas que lo substituyeran: los sacerdotes, los obreros y los pobres; tres gremios que, en el orden de la fe, constituyen la única verdadera nobleza. Los pri-

meros tenemos el encargo de predicar el Evangelio, distribuir la gracia, perdonar los pecados, renovar en los altares el sacrificio de la cruz. Somos continuadores de la vida pública del celestial Maestro. De la privada, no menos fecunda que la anterior, son representantes los obreros; en los pobres imprimió Cristo su propia imagen y los hizo ahora tesoreros y, para más tarde, dueños del reino celestial.

A sus heraldos nos dirige el Señor estas palabras: «Como el Padre me envió, así os envío a vosotros; donde yo esté, allí estarán todos mis ministros.» A los trabajadores y a los necesitados les dice: «Las aves tienen nidos, y las raposas, madrigueras en que guarecerse; pero el Hijo del Hombre carece hasta de una piedra para reclinar la cabeza. Nada temáis: el Padre celestial, que alimenta a los pajaritos y viste con regia magnificencia a las azucenas del campo, no os dejará carecer de lo necesario; y si lloráis ahora, seréis eternamente consolados.» Y en el Evangelio se lee: «Lo bueno que hicisteis con uno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis.»

De suerte que dar alojamiento a los obreros y a los menesterosos es alojar a Jesucristo mismo; y ya sabéis cómo paga la hospitalidad que se le ofrece: al publicano Zaqueo, convirtiéndole en verdadero hijo de Abraham; a Marta y María de Betania resucitándoles a Lázaro, cua-

tro días después de sepultado. Para la empresa del padre Campoamor y de sus abnegados auxiliares podemos todos contribuir: los muy acaudalados, costeadando una habitación entera; los menos ricos, uniéndose, para el mismo fin, en grupos de diez o de veinte; los de medianos recursos, dando un óbolo que, unido a los de muchos otros, será la salvación y la felicidad de una familia.

Recordad, señores, que el tiempo se desliza como el agua; que de vuestros capitales no encontraréis, en la otra vida, sino las sumas que hayáis colocado, al interés del ciento por uno, en el banco de los pobres, y que el Juez de vivos y muertos no concede el reino celestial sino a los que le dieron a Jesús, en la persona de los menesteros, alimento y bebida, vestido y techo, consuelos y cariño.

R. M. CARRASQUILLA

Octubre 12 de 1921.

